

1486.

(De Rodrigo de Torres y Lizana.)

Contemplando la cabaña
 Donde un tiempo estuvo Celia,
 Gloria de sus esperanzas
 Y libertad de sus penas,
 El desconsolado Aurelio,
 A quien mil ansias rodean,
 De su ausencia dolorosa,
 D'esta manera se queja:
 «¡Ay, dura ausencia, ausencia dura,
 Destierro de mi gloria y mi ventura!»
 ¡Ay, Celia, mi ausente cielo,
 Cómo la fortuna muestra
 Que tu voluntad se alfoja
 Y mi desdicha se aumenta,
 Y que tus hermosos ojos
 En otro pecho se emplean,
 Y el mio triste, afligido,
 A un mortal dolor condenas!
 «¡Ay, dura ausencia, ausencia dura,
 Destierro de mi gloria y mi ventura!»
 Hiciste ausencia de mí,
 Que bien excusar pudieras,
 Para muestra de tu olvido
 Y prueba de mi firmeza:
 Robástele la esperanza
 Que en tales trances sustenta
 A los que afligen mis llamas
 Y mi dolor atormenta.
 «¡Ay, dura ausencia, ausencia dura,
 Destierro de mi gloria y mi ventura!»
 ¿Qué podrá gozar mi vista
 Ajena de tu belleza,
 Y este cuerpo á quien sin alma,
 Sin vida y sin gloria dejas?
 Mis altivos pensamientos
 Que tras tu esperanza vuelan,
 ¿Dónde hallarán acogida
 Si les hiela tu tibieza?
 «¡Ay, dura ausencia, ausencia dura,
 Destierro de mi gloria y mi ventura!»
 Goza tú de tu victoria
 Mientras gozo yo mis penas;
 Sirva mi infierno de gloria
 Para que tú gloria tengas;
 Que al fin se podrá decir
 Como tú, Celia, deseas,
 Que cuerda de voluntad
 Por lo mas delgado quiebra:
 «¡Ay, dura ausencia, ausencia dura,
 Destierro de mi gloria y mi ventura!»

(Flor de romances, 1.^a y 2.^a parte.)

1487.

(De Lope de Vega Carpio¹.)

Cuando las secas encinas,
 Alamos y robles altos
 Los secos ramillos visten
 De verdes hojas y ramos,
 Y las fructíferas plantas
 Con mil pimpollos preñados
 Brotando fragantes flores
 Hacen de lo verde blanco
 Para pagar el tributo
 Al bajo suelo, ordinario
 Natural de la influencia
 Qu'el cielo les da cada año;
 Y secas las yerbezuelas
 De los secretos contrarios,
 Por naturales efectos
 Al sér primero tornando,
 De cuyos verdes renuevos
 Hacen mil colores varios
 De miles distintas flores
 Que esmaltan los verdes prados;
 Los lechales cabritillos

Y los corderos balando
 Corren á los alcaceles
 Ya comiendo, ya jugando,
 «Cuando el pastor Albano suspirando,
 »Con lágrimas así dice llorando:
 »Todo se alegra, mi Belisa, ahora,
 »Solo tu Albano se entristece y llora.»

Los romeros y tomillos,
 De cuyos floridos ramos
 Las fecundas abejas
 Sacan licor dulce y claro,
 Y con la mucha abundancia
 Su labor melificando,
 Hinchén el panal nativo
 Del poleo tierno y blanco,
 De cuyos preñados huevos
 Los hijuelos palpitando
 Salen por gracia divina
 A poblar ajenos vasos;
 Las laboriosas hormigas,
 De sus provistos palacios
 Seguras salen á ver
 El tiempo sereno y claro,
 Y los demas animales,
 Aves, peces, yerba ó campos,
 Desechando la tristeza
 Todos se alegran ufanos,
 Previniste tiempo alegre;
 Mas triste el pastor Albano
 A su querida Belisa
 Dice, el sepulcro mirando:
 «Cuando el pastor Albano, etc.»

Belisa, señora mía,
 Hoy se cumple justo un año
 Que de tu temprana muerte
 Gusté aquel potaje amargo.
 Un año te servi enferma,
 ¡Ojalá fueran mil años!
 Que así enferma te quisiera
 Continuo aguardando el pago.
 Solo yo te acompañé
 Cuando todos te dejaron;
 Porque te quise en la vida
 Y muerta te adoro y amo:
 ¡Y sabe el cielo piadoso,
 A quien fiel testigo hago,
 Si te querrá también muerta
 Quien viva te quiso tanto!
 Dejásteme en tu cabaña
 Por guarda de tu rebaño,
 Con aquella dulce prenda
 Que me dejaste del parto;
 Que por ser hechura tuya
 Me consolaba algun tanto,
 Cuando en su divino rostro
 Contemplaba tu retrato;
 Pero duróme tan poco,
 Qu'el cielo por mis pecados
 Quiso que también siguiese
 Muerta tus divinos pasos.
 «Cuando el pastor Albano, etc.»

(Romancero general. — It. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

¹ Lamenta Lope de Vega en este romance la muerte de su esposa y de su hija.

1488.

(De Lope de Vega Carpio.)

— Amada pastora mía,
 Tus descuidos me maltratan,
 Tus desdenes me fatigan,
 Tus sinrazones me matan:
 A la noche me aborreces,
 Y quiéresme á la mañana;
 Ya te ofendo á mediodía,
 Ya por la tarde me llamas.
 Agora dices que quieres,
 Y luego, que te burlabas;

Ya ríes mis tibias obras,
 Ya lloras por mis palabras.
 Cuando celos te dan pena,
 Estas mas contenta y cantas,
 Y cuando estoy mas seguro,
 Parece que te desgracias.
 A mi amigo le maldices,
 Y á mi enemigo le alabas;
 Si no te veo, me buscas,
 Y si te busco te enfadas.
 Partime una vez de ti,
 Lloraste mi ausencia arga,
 Y agora que estoy contigo
 Con la tuya me amenazas.
 Sin mar, sin montes e i medio,
 Sin peligro ni sin guaridas,
 Mar, montes y guardas tienes
 Con una palabra airada.
 Las paredes de tu choza
 Me parecen de montaña;
 Un mar en llegar á velle s,
 Y mil gracias tus desgracias.
 ¿Cómo tienes en un punto
 El amor y la mudanza?
 ¡Pero bien le pintan niño,
 Poca vista y muchas alas!
 Si Filis te ha dado celos,
 El tiempo te desengaña;
 Que como ella quiere á uno,
 Puedo por otra dejalla.
 Si el aldea lo murmura,
 Siempre la gente se engaña;
 Y es mejor que tú me quieras,
 Aunque ella tenga la fama.
 Con esto me pones miedo,
 Y me celas y amenazas;
 Si lloras, ¿cómo aborreces?
 Y si burlas, ¿cómo amas? —
 Esto Belardo decia
 Hablando con una carta,
 Sentado al pié de un olivo
 Que el dorado Tajo baña.

(VEGA CARPIO, Obras sueltas. — It. Flor de romances, 1.^a y 2.^a parte. — It. Flor de varios y nuevos romances. — It. Romancero general.)

1489.

(De Lope de Vega Carpio.)

Sentado en la seca yerba
 Que abrasó el rigor del hielo,
 Quejándose de su Filis,
 Belardo estaba diciendo:
 — «Filis me ha muerto,
 »Que fué muy blanda en el primer concierto.»
 Mirando está la cabaña
 Que cubrió su cuerpo bello;
 Lloro un rato sus memorias,
 Y luego vuelve diciendo:
 «Filis me ha muerto, etc.»
 No me mataron mis culpas,
 Ni los agravios del tiempo,
 Ni presentes propios males,
 Ni ausentes bienes ajenos:
 «Filis me ha muerto, etc.»
 En las burlas fui dichoso;
 Creyéronme lisonjero,
 Y en las véras desdichado;
 Y cuando merecí el premio,
 «Filis me ha muerto, etc.»
 Que es gran señal de mudanza
 Arrojarle á querer luego:
 Quien presto se determina,
 También se arrepiente presto.
 «Filis me ha muerto, etc.»
 Solia tener mil glorias,
 Y agora si alguna tengo,
 Vienen tan de tarde en tarde
 Que nunca llegan á tiempo.

«Filis me ha muerto, etc.»
 Parécense ya mis dichas
 Al flaco sol del invierno,
 Que viene á salir muy tarde,
 Y para volverse luego.
 «Filis me ha muerto, etc.» —
 Así lloraba el pastor,
 Y los árboles y el viento,
 El eco, selvas y rios
 Todos le ayudan diciendo:
 «Filis me ha muerto,
 »Que fué muy blanda en el primer concierto.»

(Flor de romances, 1.^a y 2.^a parte. — It. Flor de varios y nuevos romances. — It. Romancero general. — It. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

1490.

(De Lope de Vega Carpio.)

El tronco de ovas vestido
 De un álamo verde y blanco,
 Entre espadañas y juncos
 Bañaba el agua del Tajo,
 Y las puntas de su altura
 Del ardiente sol los rayos;
 Y todo el árbol dos vides
 Entre racimos y lazos.
 Al son del agua y las ramas
 Heria el céliro manso
 En las plateadas hojas
 Tronco, punta, vides, árbol.
 Este con llorosos ojos
 Mirando estaba Belardo,
 Porque fué un tiempo su gloria,
 Como ahora es su cuidado.
 Vió de dos tórtolas bellas
 Tejido un nido en lo alto,
 Y que con arrullos roncós
 Los picos se están besando.
 Tomó una piedra el pastor,
 Y esparció en el aire claro
 Ramas, tórtolas y nido,
 Diciendo alegre y ufano:
 Redondillas.

— Dejád la dulce acogida,
 Que la que el amor me dió,
 Envidia me la quitó,
 Y envidia os quita la vida.
 Piérdase vuestra amistad,
 Pues que se perdió la mía;
 Que no ha de haber compañía
 Donde está mi soledad.
 Tan solo pena me da,
 Tórtola, el esposo tuyo;
 Que tú presto hallarás cüyo,
 Pues Filis le tiene ya. —

Sigue el romance.

Esto diciendo el pastor,
 Desde el tronco está mirando
 Adónde irán á parar
 Los amantes desdichados.
 Y vió que en un verde pino
 Otra vez se están besando:
 Admiróse y prosiguió
 Olvidado de su llanto:

Redondillas del fin.

— Voluntades que avasallas,
 Amor, con tu fuerza y arte,
 ¿Quién habrá que las aparte?
 Que apartallas es juntallas.
 Pues que del nido os eché
 Y ya teneis compañía,
 Quiero esperar que algun dia
 Con Filis me juntaré. —

(Flor de romances, 1.^a y 2.^a parte. — It. Flor de varios y nuevos romances. — It. Romancero general. — It. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

1491.

(De Lope de Vega Carpio.)

Mirando estaba Lisardo
Al pastor que fué de Filis,
Que al pié de un peñasco fiero
Llora cuando otros se rien.
Su desventura y destierro
Contempla con ojos tristes;
Que siempre al enfermo el sano
Tales consejos le dice.
¿De qué te quejas, Belardo?
¿Belardo, de qué te alliges?
Que no es milagro que el cielo
Lo que no te dió te quite.
¿Qué imperio en España pierdes?
¿Qué fama al tiempo le pides?
¿De qué Cartago asolada
Las frias cenizas viste?
Tú fuiste un tiempo pastor,
Del Tajo vaquero humilde;
Tus padres fueron los montes
Que el paso del Duero impiden;
Tus armas son un cayado,
No banda ni flor de lises;
Una guirnalda tu empresa,
No plumas doradas timbres.
Bastante empresa te dieron
Tus romances pastoriles,
Que no son para igualarse
Con las astucias de Ulises.
Levanta, que por ventura
Podrá ser que el cielo guie
Tus cosas por tal camino,
Que quien te llora te envidie.
—; Oh gran mayoral! responde,
Que laurel y espada ciñes,
¿Por qué de verme llorar,
Con alma ajena te ries?
No soy Mario ni Pompeyo,
Ni pido que el tiempo estime.
Mucho mis cansados versos;
Que en el instrumento, dicen,
Gasté la flor de mis años
Como Piramo con Tisbe,
Con la que en belleza es Vénus,
En encantamientos Circe.
Las tórtolas que me achacan
Que maté, nunca tal hice,
Que quien ama prendas bajas,
Lo mas de su pena finge.

(Flor de romances, 4.ª y 5.ª parte.— It. Romancero general.— It. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

1492.

(De Lope de Vega Carpio.)

Al pié de un roble escarchado
Donde Belardo el amante
Desbarató un tosco nido
Que tejido habian las aves,
De breves pasadas glorias,
De presentes largos males,
Así se queja, diciendo:
«Quien tal hace, que tal pague.»
La bella Filis un día,
Al tiempo que el sol esparce
Sus rayos por todo el suelo,
Dorando montes y valles,
Sintiendo que el corazón
Se le divide en dos partes,
Así el mismo le decia:
«Quien tal hace, que tal pague.»
Hice á los desdenes guerra,
Guerra desdenes me hacen;
Maté á Belardo con celos,
Celos es bien que me maten.
No atendí siendo llamada,

Agora no me oye nadie;
Con justa causa padezco:
«Quien tal hace, que tal pague.»
Desamé á Belardo un tiempo;
Y el amor, para vengarse,
Quiere que le quiera agora,
Y que él me olvide y desame.
Dejadme, pasiones locas,
Locas pasiones, dejadme
Vivir para que publique:
«Quien tal hace, que tal pague.»
No le da pena el rigor
Del frio tiempo que hace;
Que el fuego de amor la ampara
Que dentro en su pecho nace.
Dando de coraje voces,
Que revienta de coraje.
Dice por momentos Filis:
«Quien tal hace, que tal pague.»
¿Dó está, Belardo, la fe
Que prometiste guardarme?
Mas yo la quebre primero:
Tú puedes de mí quejarte.
Diste primero en quererme,
Yo primero en olvidarte;
Tú harta disculpa tienes:
«Quien tal hace, que tal pague.»
Sacó del seno un papel,
Y con mil ansias le abre,
Y antes de leerle todo,
Le arruga, rompe y deshace,
Diciendo:—Yo soy la causa;
No tengo de quien quejarme;
Quien dió la causa reviente:
«Quien tal hace, que tal pague.»

(Romancero general.— It. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

1493.

(De Lope de Vega Carpio.)

Hería el sol á las cumbres
De los mas altos collados,
Quitándoles á las flores
El aljófár soberano,
Cuando cercano á la muerte,
Rendido en un verde prado,
Lleno de mortales ansias
Estaba el pastor Belardo.
Testamento lleva hecho
De los males que ha ganado
En servicio de su Filis,
Causadora de sus daños.
Y porque quiere el pastor
Alargallo y emendallo,
Hizo aqueste codicilo,
Por dar fin á su cuidado:
«Por cuanto en mi testamento
»Mandé, que habiendo espirado,
»No se enterrasen mis ojos,
»Lo revoco agora, y mando,
»Que si habiendo fallecido
»No los ha deshecho el llanto,
»Se entierren ellos tambien,
»Como autores de mis daños.
»Y mando que el corazón
»No se entregue al holocausto,
»Sino á gusanos hambrientos,
»Pues celos no le acabaron,
»Para que ellos le consuman,
»Aunque le constriñe tanto
»Filis, que ha menester poco
»Para acabar de acaballo;
»A la cual mando le dén
»Mi cuidado y su retrato,
»Y á quien dió el original
»Le puede dar el traslado.
»Y entréguele unos cabellos

»Que solamente me ha dado;
»Que quiero morir quejoso,
»Pues que viví mal pagado.
»Y porque no le suceda
»Lo que á Narciso el gallardo,
»Mando que no se le entregue
»El espejo que me ha dado,
»Y una triste calavera,
»Que por ella soy en cargo,
»Porque de su rostro vea,
»Que ha de volverse otro tanto.
»Y mi cuerpo entre billetes
»Mando que no sea enterrado,
»Porque no quiero mortaja
»De prendas del aire vano;
»Mas Je un lienzo negro y triste
»Mi cuerpo sea amortajado,
»Que él mismo se ponga luto
»Por su muerte y sus agravios,
»Y encima la sepultura
»Me pongan este epitafio:
»Aquí está Belardo, aquel
»Que veló siempre en su daño.»

(Flor de romances, 4.ª y 5.ª parte.— It. Romancero general.— It. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

1494.

(De Lope de Vega Carpio.)

Una estatua de Cupido,
Que al templo de unos pastores
De dios de amor les servía,
Siendo dios de sinrazones,
Colgaba el pastor Belardo
De la alta rama de un roble;
Que quiere que lleve el fruto
A su dureza conforme.
Desciéndose la honda,
De un arroyo piedras coge,
Y resonando los valles
La adorada imagen rompe.
—Abi quedarás, le dice,
Persecucion de los hombres,
Maestro de hacer agravios,
Inventor de tratos dobles;
Aspid fiero que se cria
Dentro de los corazones,
Que su propia sangre bebe,
Y de sus entrañas come;
Locura en que dan las almas,
Alegre mal, y bien pobre;
Enfermedad sin remedio,
Que con él se aumenta al doble;
Padre de celos y olvido,
Ladron de puertas y torres,
Afrentador de linajes,
Ingeniero de traiciones:
Mejor estarás ahí,
Donde te echen maldiciones,
Que no en los sacros palacios
Adonde necios te adoren.
La estatua sola te afrento
Por si á los cielos te acoges,
Para que viéndote infame,
De alla te arrojen los dioses.—
En esto vió que bajaban
Al valle algunos pastores,
Y contándoles el caso
Les ruega que le perdonen.
—Por mi parte, dijo Albano,
No hayas miedo que me enoje,
Que allá me tiene diez años
De mi vida, los mejores.
—Sinrazon es, dijo Alcino,
Que entónces amaba á Clóris,
Sacar al dios de su templo,
Y deshonorarlo en el monte.
El amor en sí no es malo,

T. XVI.

Mire el hombre lo que escogo,
Que si sus ojos le engañan,
Es justo que ellos le floren.—
Mientras ellos argüian
Se fué acercando la noche,
Y Filis con otras damas
Bajó de secreto al bosque.
Llegó piadosa á Cupido,
Y de la rama quitóle,
Como aquella que tenia
Mayores obligaciones:
—Que no es bien, dijo llorando,
Que por un villano torpe
Un dios tan bello se afrente,
Y que de infame le noten.
Este hizo á mi hermosura
Celebrada en todo el orbe,
Y que ya en mi edad postrera
Descanso y oro me sobre.—
Con esto muy triste Filis
De la sogá desatóle,
Haciéndole sepultura
Entre jazmines y flores.

(Romancero general.— It. Primavera y flor de las mejores romances, etc.)

1495.

(De Lope de Vega Carpio.)

—; Cuándo cesarán las iras
De tus injustos desdenes,
Cobarde enemiga mía,
Que no perdonas, y puedes?
Yo confieso que venciste:
¿Qué Alcides piensas que vences
Sino á un hombre que te llama,
Siendo flaca mujer, fuerte?
¿Cuándo, riberas del Tajo,
Miraré del sol la frente,
Sin que me queme la lumbre,
Porque de mí no te vengues?
Cansada tengo la noche
De llamarla para verte,
La ventura de ayudarme,
Y la luna de esconderse.
Yo, que no me contentaba
Con tus brazos muchas veces,
Ya me consuelo, enemiga,
Con ver tu calle, y volverme.
Los hierros de tu ventana
Quiere amor que adore y bese,
A devocion de tu alma,
De quien su dureza aprende.
; Oh larga desdicha mía!
Mas no es razon que me queje:
Bien es yerro que te adore
Quien anduvo errado siempre.
Estas piedras son testigos
De que cubierto de nieve
Me halló mil veces el sol
Antes que el tuyo saliese;
Y agora por no aguardar
A que tu nieve me queme,
Paso el puerto, temeroso
De que á tu puerta me quede.
Para que no me conozcan
Has mudado las paredes
De quien era yedra amada
Mientras estabas ausente,
Quizá porque escrito estaba
El nombre que tú aborreces;
Que lo borrado en el alma,
En las paredes ofende.
Cuando, ingrata, me querias,
No habia quien no trujese
Los dos nombres en la boca,
Que agora enfadan la gente;
Y se enfada al tiempo mismo

30

De que no puede vencerme,
Aunque yo lo canto y digo,
Que tu hermosura me vence;
Que mientras fueres hermosa,
No dejaré de quererte;
Y serás siempre ingrata,
Porque pene eternamente;
Que pensar que has de ser mármol
Y arder como Anaxarète,
Pudiendo el cielo gozarte,
Será imposible perderte.
Vengaste tu estatua, Amor;
Añoja el cordel, no aprietes;
Ofensor, mártir del alma,
Deja el cuerpo que no siente.
Tu estatua colgué de un roble,
Todo se sufre á quien pierde:
Viva Filis, venció Filis,
Vive Amor, Belardo muere.—
Con esto, orillas del Tórnes,
Sus aguas, llorando, crece
El mas verdadero amante,
Y el mas agraviado siempre.

(Romancero general. — It. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

1496.

(De Lope de Vega Carpio.)

El lastimado Belardo
Con los celos de su ausencia,
A la hermosísima Filis
Humildemente se queja.
—;Ay, dice, señora mía,
Y cuán caro que me cuesta
El imaginar que un hora
He de estar sin que te vea!
¿Cómo he de vivir sin ti,
Pues vivo en ti por firmeza,
Y esta en ausencia se muda
Por mucha fe que se tenga?
Sois tan flacas las mujeres,
Que á cualquier viento que llega
Liberalmente os volveis,
Como al aire la veleta.
Perdóname, hermosa Filis,
Que mi mucho amor me fuerza
A que diga desvarios,
Por mas que despues lo sienta.
;Ay sin ventura de mí!
¿Qué haré sin tu vista bella?
Daré mil quejas al aire,
Y ansina diré á las selvas:
«;Ay triste mal de ausencia,
«Y quién podrá decir lo que me cuestas!»
No digo yo, mi señora,
Que estás en aquesta prueba
Quejosa de mi partida,
Aunque sabes que es tan cierta:
Yo me quejo de mi suerte.
Porque es tal, y tal mi estrella,
Que con mi mala ventura
Harán que tu fe se tuerza.
;Maldiga Dios, Filis mía,
El primero que la ausencia
Juzgó con amor posible,
Y dispuso tantas penas!
Yo me parto, y mi partir
Tanto aqueste pecho aprieta,
Que como en bascas de muerte
El alma y cuerpo pelean.
¡Dios sabe, bella señora,
Si quedarme aquí quisiera,
Y dejar al mayoral
Que solo al pueblo se fuera!
He de obedecerle al fin,
Que me obliga mi nobleza,
Y aunque amor me desobliga,

Es fuerza que el honor venza.
«;Ay triste mal de ausencia,
«Y quién podrá decir lo que me cuestas!»
(Romancero general. — It. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

1497.

(De Lope de Vega Carpio.)

Sobre la florida yerba
Sus fuertes brazos torciendo,
Sentado estaba Belardo
A la sombra de un almendro,
Que plantó á contemplacion
De un favorcillo lijero,
El primero que su Filis
Le dió burlando y fingiendo:
Y viendo el árbol ufano
Con flor tan verde y ameno,
Asido al grosero tronco
Dió un gran suspiro, diciendo:
—Arbol que fuistes testigo
Del bien primero y postrero
Que amor me dió en galardón
De los males que padezco,
Cuando te planté, vivía
Con solo un favor contento,
Y ahora cien mil desdenes
Combaten mi sufrimiento.
Con hoja, con flor, con fruto
En solo un año te veo,
Y Filis siempre en un sér
Me hace vivir muriendo.
Tú cuando marchito estás,
Porque te ha ofendido el hielo,
Al fin esperas verano;
Mas en mi todo es invierno.
Envidia me causa ver
Que un mismo curso de tiempo
De seco te vuelva verde,
Y á mí el mal de verde, seco
Siete frutos has gozado,
Y yo há siete años que muero
Sin esperar uno solo
Que le dé á mi mal remedio.
Para que dos fruto á Filis
Con mis lágrimas te riego;
Mas la ingrata te desdeña
Por no sentir lo que siento.
De tu flor y de mis ojos
Esconde su rostro bello,
De ti, porque no la acuses,
Y de mí, porque la quiero.
En señal que por mí vives,
Y yo lloro en llanto eterno,
Cuando Filis te mirare,
Da muestras de sentimiento.
Mas quizá se ofenderá
Si te dueles de tu dueño,
Que aun de milagros de amor
Se ofende un ingrato pecho.
Goza en paz de tu alegría
Agora que tienes tiempo,
Que si yo no la perdiera,
Mi mal tuviera remedio.

(Romancero general.)

1498.

(De Lope de Vega Carpio.)

Mirando una clara fuente
En las orillas del Tajo,
Sentado sobre la arena
Estaba el pastor Belardo.
Los cristalinos arroyos
Mira cómo van trepando
Por entre la juncia y flores,

Que tiene el ameno prado;
Y embelesado en mirar,
Al cabo de grande espacio
De su pastora se acuerda,
Y así dice suspirando:
—Ingrata pastora mía,
En cuyo pecho de mármol
Mora esta alma de contino,
Y morará siglos largos,
¿Cuándo llegará aquel día
Que yo merezca tu lado,
Y que mis manos coronen
Tus bellas sienes de ramos?
«;Ay del que amando
«Consumo el tiempo y sus floridos años!»
¿Cuándo permitirá el cielo
Que, sin recelos ni engaños,
Goce de la posesion
Que há tanto tiempo que aguardo?
Estos arroyuelos miro,
Cómo en los mas duros cantos
Hacen mella y mueven tierra,
Para asegurar su paso;
Y por el fin que pretenden
De su voluntad llevados,
Corren, saltan, vuelan, trepan,
Mil laberintos trazando.
;Y tú, querida pastora,
Vas en mi amor tan despacio,
Que tras una pretension
Permites que ande diez años!
Mira cómo en tu servicio
Sin duda alguna he gastado
La juventud mas florida,
De tu belleza incitado.
«;Ay del que amando
«Consumo el tiempo y sus floridos años!»
(Romancero general.)

1499.

(De Lope de Vega Carpio.)

Por las riberas famosas
De las aguas del Jarama,
Junto del mismo lugar
Que Tajo las acompaña,
Alegre sale Belardo
A recibir justa paga
De tantos años de amor,
Celos, temor y mudanza.
«;Dichoso el pastor que alcanza
«Tan regalado fin de su esperanza!»
Vase á casar á su aldea
Con Filis su enamorada,
Que se la entrega su padre
Despues de tantas desgracias.
Contento lleva el villano,
Por los ojos muestra el alma,
Que al fin de tanta fortuna
Promete el cielo bonanza.
«;Dichoso el pastor, etc.»
No va como suele á pié,
Ni lleva toscas abarcas
De pieles de lobo muerto
Tintas en sangre de vaca:
Zapatos lleva picados,
Media verde lagartada,
Botones de vidrio y fuego,
Porque se los dió su dama.
«;Dichoso el pastor, etc.»
Va caballero brioso
En una yegua alazana;
La silla lleva de frisa,
Y de hiladillo la franja;
Sombbrero nuevo de feria,
Capa de capilla larga,
Con un sayo verde oscuro,
Agironado de grana.
«;Dichoso el pastor, etc.»

Va mostrando en el vestido
Las esperanzas del alma,
Tan cerca ya de cumplirlas,
Como tardías y largas.
Guardadas lleva en el seno
De Filis todas las cartas,
Que si son obligaciones,
Quiere pagar y borrallas.
«;Dichoso el pastor, etc.»
Llegó Belardo á la villa,
Y de su suegro á la casa;
Sale á tener el estribo
Mientras de la yegua baja
Filis, abiertos los brazos:
Marido y señor le llama;
El señora y dulce esposa,
Besóla, y ella le abraza.
«;Dichoso el pastor que alcanza
«Tan regalado fin de su esperanza!»

(Flor de romances, 1.ª y 2.ª parte. — It. Flor de varios y nuevos romances, etc. — It. Romancero general. — It. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

1500.

(De Lope de Vega Carpio.)

No tengas, dulce Belisa,
En poca cuenta á Belardo,
Por las abarcas que lleva,
Y porque viste de pardo;
Porque no lleva garzotas,
Ni va con puntas gallardo;
Porque no huella tu calle
Con un brioso caballo;
Porque no va guarecido
De pages ni de lacayos;
Porque no tiene riquezas,
Que pagan los hombres bravos.
Los bravos hombres, Belisa,
Déjalos para soldados,
Deja los que van de noche
Con mil Guzmanes armados;
Y las garzotas y puntas
Déjalas á cascós vanos,
Para fantasmas de bobos,
Y para duendes y trasgos.
Deja los caballos fieros
Para las guerras y bandos,
Porque aqueza tu deidad
Y aquesos tus verdes años
No piden gente de guerra,
Ni bienes de duendes vanos;
Mas piden solo un galan
Harto discreto y lozano,
Que tenga en mucho tus prendas
Y se precie de prendado;
Que tenga de tus mercedes
El pecho por relicario,
Donde las guarde y adore,
Y tenga en callarlo callos.
Piensa en esto, y mucho mas
En tratar con hombre llano.
Pero si quieres, Belisa,
Dejar tu cortijo y prado,
Y entregarte á los que viven
En los reales palacios,
Te cansarán sus riquezas,
Y aquel peso del brocado,
Pues por este vale mucho
Quien por si no vale un clavo.
A las damas solicitan
A peso de sus ducados,
Comprándolas por dinero,
Como si compraran paño,
Sabiendo que una belleza
No tiene precio ni pago,
Y á dos dias que la gozan,
Dan luego de mano al plato

Buscándose nuevo gusto,
 Quien nunca lo tuvo sano.
 Pero Belardo, Belisa,
 Camina por otro vado,
 Que precia él ser tuyo mucho,
 Por ser él pastor, y bajo,
 Ni tener merecimiento
 De estar en lugar tan alto.
 Si le castigas y matas,
 Rindese como tu esclavo,
 Mas si le halagas y miras
 Con unos ojos humanos,
 Hace fiesta del favor
 Como cosa de milagro.
 Adora tus ojos bellos,
 Adora tus blancas manos,
 Que por besallas revientan
 Los señores titulados;
 Pero tus manos, Belisa,
 No son para labios falsos,
 Que dan la paz con la boca,
 Y tienen de dentro un diablo.
 Nadie besallas merece
 Sino tu solo Belardo,
 Que para dejarte el pecho
 Bien libre y desocupado
 Ha pasado el corazón
 De su lugar á los labios,
 De do podrás conocer
 No ser fingido su trato.

(Romancero general. — II. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

1504.

(De Lope de Vega Carpio.)

Llenos de lágrimas tristes
 Tiene Belardo los ojos,
 Porque le muestra Belisa
 Graves los suyos hermosos:
 Celos mortales han sido
 La causa injusta de todo,
 Y porque lo aprenda dice,
 Con lágrimas y sollozos:
 «El cielo me condene á eterno lloro,
 «Si no aborrezco á Filis y te adoro.»
 ; Mal haya el fingido amante
 Lisonjero y mentiroso,
 Que juzgó mi voluntad
 Por la voz del vulgo loco;
 Y á mí, necio, que dejé
 Por el viejo lodo, el oro,
 Y por lo que es propio mío
 Lo que siempre fué de todos!
 «El cielo, etc.»

Mis enemigos me venzan
 En pleitos mas peligrosos,
 Y mi amigo mas querido
 Me levante un testimonio;
 Jure falso contra mí,
 Y el juez mas riguroso,
 De mis enemigos sea
 Del lado parcial devoto.
 «El cielo, etc.»

Y jamas del claro Tajo
 Vuelva á ver la orilla y soto,
 Ni á ver enramar sus vides
 Por los brazos de los olmos
 Enviuden las tortolillas
 Viendo que gozas á otro;
 Jamas tenga paz contigo,
 Y siempre guerra con todos.
 «El cielo, etc.»

Cubra el cielo castellano
 Los mas encumbrados sotos,
 Porque el ganado no pazea,
 Y muerto lo coma el lobo;
 Lévese el viento mi choza,

El agua falte á mis pozos,
 El fuego abraza mi parva,
 La tierra me trague solo.
 «El cielo, etc.»

(Romancero general. — II. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

1502.

(De Lope de Vega.)

Enamorado y celoso,
 Hechos sus dos ojos fuecos,
 Un pastorcillo olvidado
 Se quejaba tiernamente.
 — Ingrata Belisa, dice,
 ; Cómo es posible que puedes
 Ser pedernal á mi fe,
 Mostrando tantos desdenes?
 ; Posible es que mis suspiros
 Tu duro pecho no mueven,
 Y que mis lágrimas tristes
 En algo no te enternecen!
 Confíe que eras mujer;
 Pero no, que las mujeres
 Muy de ordinario se mudan,
 Y en tí no hay mudable suerte.
 Tanto el cielo me persigue,
 Que porque no muera y pene,
 Cuando mudable te busco,
 Te hallo mas constante y fuerte.
 No sé qué remedio busque,
 Ni sé qué traza me ordene,
 Pues lo mejor imagino
 Será acabar con la muerte. —

Dijo, y volviéndose al Tajo,
 Entre lágrimas que vierte,
 Arroja un suspiro y dice,
 Hablando de aquesta suerte:
 «Deten, dorado Tajo, tu corriente,
 ; Serás testigo de mi mal presente!»
 ; Pero no te detengas; corre aprisa,
 ; Da nuevas de mi mal á mi Belisa. —
 — Sed testigos de mis males,
 Arboles, plantas y peces,
 Para que digáis á voces
 Mis desdichas inclementes.
 ; Mas qué digo! ; Con quién hablo,
 Si hablo con quien no me entiende!
 Pero sí, porque los brutos
 Aun suelen compadecerse.
 Que todo el tiempo lo muda
 Tuve por cierto; engañéme,
 Que há diez años que te sirvo,
 Y estás mas fría que nieve.
 Si acaso de día te busco,
 Huyes de mí por no verme,
 Y si de noche te hablo,
 Me respondes agriamente.
 Cuando procuro agradarte,
 Entónces mas me aborreces;
 Y así el remedio que pido
 Es solo que me des muerte. —
 Esto dijo y se partió
 Por entre las ramas verdes,
 Quejándose de Belisa
 Y hablando con agua y peces:
 «Deten dorado Tajo tu corriente, etc.»

(Romancero general. — II. MADRIGAL, Segunda parte del romancero general. — II. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

1503.

(De Lope de Vega Carpio.)

— «Cuando entendí que teata
 El fruto de mi esperanza
 Seguro para gozalle

Despreciadora de leyes
 Y de homenajes falsaria,
 Para que en vuestras desdichas,
 Medrosa y escarmentada,
 Gozara el cabello de oro
 Y las rosas de la cara.
 «Nunca el castigo, etc.»

(Romancero general. — II. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

1505.

(De Lope de Vega Carpio.)

Enfrente de la cabaña
 De la divina Amarilis,
 Pastora de tiernos años
 Y de pensamientos libres;
 Mas gallarda y mas hermosa
 Qu'el alba cuando se ríe,
 Y que las perlas que llora
 Sobre rosas y jazmines;
 Mas qu'el sol recién nacido
 Entre dorados matices;
 Mas que la diosa á quien llevan
 Las palomas ó los cisnes,
 Estaba Fabio, un pastor
 Que por ella muere y vive:
 Generoso para todos,
 Para Amarilis humilde;
 Altivo de pensamientos
 Que le fuerzan que al sol mire,
 Y encogido de esperanzas
 Que las alas le derriten.
 Adorando está las rejas
 De aquellos rayos eclipse,
 Que como están entre hierros,
 No la luz, la fuerza impiden.
 No hay pintada mariposa,
 Que mas á la luz se incline
 Dando tornos á su fuego,
 Que Fabio á su cielo asiste.
 Vese perdido al ganado
 Entre las zarzas y mimbrés,
 Porque él piensa que lo está
 Como la contemple y mire.
 No sabe cuándo anochece
 Aunque el sol se ponga y quite,
 Que solo tiene por día
 Cuando amanece Amarilis.
 Allí los pasa elevado,
 Que como en ella imagine,
 No hay interes que le mueva,
 Ni cuidados que le obliguen.
 No le sirven sus pastores
 Despues que á Amarilis sirve;
 Que no piensan que aquel cuerpo
 Alma tiene que le anime.
 Mira los álamos blancos
 Abrazados de las vides,
 Porque la desconfianza
 No hay estado que no envidie;
 Y dando entre tierno llanto
 Suspiros del alma, dice:
 — «; Ay! que así está mi pastora
 ; Entre los brazos de Tirse.»
 Torna á llorar con mas fuerza,
 Y la ribera repite:
 — «Tirse, Amarilis y Fabio;
 ; Tirse alegre, y Fabio triste.»
 — Humilde soy para tí,
 El tierno pastor prosigue;
 Pero si es riqueza el alma,
 Pastora, el alma me pide.
 Tú eres perlas, tú eres oro,
 Tú diamantes, tú rubies:
 Quien no te sirve con alma,
 Mas te ofende que te sirve.
 Yo mientras rijo este cuerpo,

Confiado en tu palabra,
 El nublado de tus ceños
 Hizo tronar en mi alma,
 Y abrasó flores y frutos
 El rayo de tu mudanza.
 Ya el pecho donde tuviste
 Esta voluntad plantada
 Produce, en vez de mil flores,
 Yerbas secas y agostadas
 Dicen, Belisa, que el tiempo
 Es el médico que sana;
 ; Pero no lo ha sido el mío,
 Pues por curarme me mata!
 Tus ojos, pastora, son
 Los que me dieron fianza
 De mis glorias, y estos mismos
 Me dan agora tal paga.
 Yo tengo la culpa d'ello,
 Aunque tú fuiste la causa;
 Y es bien que tenga la pena
 Quien se pone en confianza.
 No me quejo de tu olvido,
 Que no olvida quien bien ama;
 Pero pudiera quejarme
 De tus ojos, que me engañan.
 Bien sabes por qué lo digo,
 Y con que lo sepas basta,
 Qu'en otra parte habrás visto
 Las razones que aqui faltan. —
 Esto Celindo escribia
 En el tronco de una haya
 Do recibe el sacro Tajo
 En los brazos á Jarama.

(Flor de romances, 4.ª y 5.ª parte. — II. ROMANCERO general. — II. VEGA CARPIO, Obras sueltas.)

1504.

(De Lope de Vega Carpio.)

Mirando está de Sagunto
 Las reliquias asoladas
 El pastor de Galatea,
 Nuevo ejemplo de desgracias;
 Y contemplando las torres
 Que un tiempo soberbias y altas
 Dieron asalto á las nubes,
 Así llorando cantaba:
 «Nunca el castigo tarda
 ; A quien el tiempo avisa y no se aguarda.»
 ; Oh sagrados edificios,
 Retratos de mi esperanza,
 Espejos donde se ven
 Las humanas confianzas!
 Puestos estáis por el suelo,
 Y con la sangre africana
 Sálpicados los cimientos
 En fe de vuestra venganza.
 «Nunca el castigo tarda, etc.»
 ; Ejemplo sois de fortuna,
 Porque su rueda voltaria
 No atropella las caidas,
 Sino las mas levantadas!
 Desengaños de la vida
 Que sin hablarme palabra,
 Con voces mudas y tristes
 Estáis diciendo á mi alma:
 «Nunca el castigo, etc.»
 ; Y vuestros dichosos dueños,
 Que del pecho á las espaldas
 Cayeron atravesados
 Sobre su sangre y sus armas,
 La fama los eterniza,
 Porque heridas tan honradas
 Vivirán sobré los años
 A pesar de sus mudanzas.
 «Nunca el castigo, etc.»
 ; Así os viera, cual os veo,
 Aquella adorada ingrata,

Si no eres tú quien le rige,
Alma te doy, si eres cielo
Razon es que el alma estimes.—
Dijo, y en un olmo verde
Estas palabras escribe:
«Cuanto Amarilis es bella,
Es Fabio en amarla firme.»

(VEGA CARPIO, *Obras sueltas*.)

1506.

(De Lope de Vega Carpio.)

Selvas y bosques de amor,
En cuyos olmos y fresnos
Aun viven dulces memorias
Del pastor antiguo vuestro:
Por lo que os tengo obligado,
Os pido que estéis atentos
A mis quejas, y veréis
Cuán dulcemente me quejo.
Oid de vuestro pastor
En este nuevo instrumento,
Mas lágrimas que razones
Y mas suspiros que versos.
Sabed que vengo perdido...
¿Perdido os he dicho? ¡miento!
Que ninguno se ha ganado
Tan bien como yo me pierdo.
Gauado vengo y perdido,
Que por tan alto sugeto,
Gano, perdiendo la vida,
La gloria de mis deseos.
En fin, selvas amorosas,
Yo vengo muerto y contento:
Muerto de amor de unos ojos,
Contento de verme en ellos;
Quererlos me cuesta el alma,
Y con vivir, si los veo,
Para mirarlos, mil veces
Me ha faltado atrevimiento.
No han sido conmigo ingratos;
Piadosamente me dieron
Ocasión para perderme;
Mi daño les agradezco.
He llegado á tal estado
Entre esperanzas y miedos,
Que, con saber que me matan,
No puedo vivir sin ellos.
Cosas que se tratan mucho
Suelen estimarse en ménos,
Y yo mientras mas los trato
Mas los estimo y venero.
En los campos de mi aldea
Les digo tantos requiebros,
Que he visto parar las aguas,
Callar las aves y el viento;
Mas si en mi pone sus ojos,
Quedo mas mudo y suspenso
Que á media noche las fuentes
En las prisiones de hielo.
A tanto amor he llegado,
Que muchas veces que tengo
Tiempo de ganar sus luces,
Pierdo temeroso el tiempo.
Cuando ménos los amaba
Era mas mi atrevimiento:
Ahora que mas los amo
Es mi atrevimiento ménos;
Mas os juro, verdes selvas,
Que quiero yo mas por ellos
Estas penas, que las glorias
De cuantos el cielo ha hecho.
Verdad es que entre las mias
Celos me quitan el seso,
Porque no hay renta de amor
Sin pagar pension de celos.
No solo de los pastores
Que la miran cerca ó lejos;

Mas de cuantas cosas mira,
De celos me abraso y muero.
De mi mismo alguna vez
Me ha acontecido tenerlos,
Porque pienso que soy otro
Si la agradan mis deseos.
Cuando sale de su aldea
La voy mirando y siguiendo,
Que lleva en su piés mis ojos,
Y el alma en su pensamiento.
Con estas celosas ansias
La sigo, rogando al cielo
Que cuantos pastores vea
Sean groseros y feos.
Selvas, lastimáos de mí;
Mas no, que cierto os prometo
Que solo en verla me paga
Cuanto por ella padezco.

(Primavera y flor de los mejores romances.—
Il. VEGA CARPIO, *Obras sueltas*.)

1507.

(De Bernardo de la Vega.)

Después que por varios casos
Dejó Lorino su aldea,
Porque en lugar de su gloria
Entre el rigor de la pena,
Llegó donde un arroyuelo
Lirios olorosos riega,
Cuya fragancia el favonio
A sitios lejanos lleva;
Donde en el agua las flores
Bordan una rica tela
De aquel color de los cielos,
Pues se conoce por ella.
Si quieren gloria las almas
Vayan y vistanse d'esta,
O vean á su Marfisa,
Que todo se goza en ella.
En el cristalino arroyo,
Cuyo murmullo deleita,
Lorino su rostro y manos
De industria un rato refresca,
Por ver si el fuego amoroso
Su gloria aplacar pudiera:
Cosa qu'es tan imposible
Como faltar su firmeza.
Haciendo donaire y risa,
Dice el pastor:—En la tierra
Para mí no hay bien ni gloria,
Si no está Marfisa en ella.—
Y dando la vista al cielo,
Porque á falta le entretenga,
Pues es cierto qu'en él goza
Algo de lo mucho d'ella;
Y bajándola Lorino,
Vió una levantada peña,
Que de los Enamorados
La llama el mundo y celebra.
Notando en ello los fines
De su amorosa tragedia,
Dijo:—¡Felices amantes,
Felice fué vuestra estrella,
Pues entrambos acabastes
El uno de otro en presencia,
Siendo vida vuestra muerte
Opuesta á la que me espera!
Yo solo fui desdichado,
Pues mi desventura ordena
Que muera, por mas rigor,
De muerte de mal de ausencia.—
Y haciendo son la corriente
Que da de una en otra piedra,
Con sus lágrimas ardientes
El frio instrumento templá;
Y haciendo qu'el compas lleven
Las qu'el rauda curso lleva,

Canta, porque dos extremos
En un sugeto se vean:

Villancico.

«Ya he sabido que es la muerte
Dejar, Marfisa, de verte.»
Ya sé qu'el amor condena
A padecer la memoria,
Pues el vacío de gloria
Ocupa el rigor de pena.
¿Cómo podré en tierra ajena
Vivir, siendo dolor fuerte
Dejar, Marfisa, de verte?
Dar remedio al mal que siento
No podrá el sol ni la luna,
Ni hacer mas daño fortuna,
Ni dar amor mas tormento,
Ni hacer yo mas sentimiento;
Pues siento mas que la muerte
Dejar, Marfisa, de verte.»

(VEGA, *El pastor de Iberia*, etc.)

1508.

(De Don Luis de Góngora.)

Guarda corderos, zagala,
Zagala, no guardes fe,
Que quien te hizo pastora
No te exusó de mujer.
La pureza del armiño,
Que tan celebrada es,
Vístela con el pellico
Y desnúdala con él.
Deja á las piedras lo firme,
Advirtiéndome que tal vez,
A pesar de su dureza,
Obedecen al cincel.
Resiste al viento la encina,
Mas con el villano pié;
Que con las hojas corteses
A cualquier céfiro creé.
Aquella hermosa vid
Que abrazada al olmo ves,
Parte pámpanos discreta
Con el vecino laurel.
Tortolilla gemidora,
Depuesto el casto desden,
Tálamo hizo segundo
Los ramos de aquel ciprés.
No para una abeja sola
Sus hojas guarda el clavel;
Beben otras el aljófar
Que guarda su rosicler.
El cristal de aquel arroyo,
Hundosamente fiel,
Niega al ausente su imágen
Hasta que le vuelve á ver.
La inconstancia al fin da plumas
Al hijo de Vénus, que,
Poblando d'ellas sus alas,
Viste sus flechas tambien.
No pues tu libre albedrío
Lo tiranice interes,
Ni amor, que de singular
Tiene mas que no de fiel.
Sacude preciosos yugos;
Coyundas de oro no dén,
Sino cordones de lana,
Al suelto cabello ley.
Mal hayas tú, si constante
Mirares al sol; y quien
Tan águila fuere en esto
Dos veces mal haya, y tres.
Mal hayas tú, si mirases
En lasciva candidez
Las aves de la deidad
Que primero espuma fué,
Solicitando prolija

La ingratitud de un doncel;
Ninfa de las selvas ya
Vocal sombra vino á ser.
Si quieres pues, zagaleja,
De tu hermosura cruel
Dar entera voz al valle,
Desprecia mi parecer.

(GÓNGORA, *Obras*.)

1509.

(De Juan de Salinas.)

Elicio, un pobre pastor,
Ausente de Galatea,
Dulce prenda de su alma,
A quien deja el alma en prendas;
Cuya perfeccion adora,
Cuyo nombre reverencia,
Por quien vive y por quien muero,
De cuyo esclavo se precia;
Sobre un cayado, de pechos,
Cortado de su paciencia
Para golpes de fortuna,
Y para sufrir de prueba;
Al hombro un zurrón colgado
De temores y sospechas,
Que en destierro semejante
Es la carga que mas pesa;
Una honda con que arroja
Del hondo pecho las quejas,
Que sin piedad descomponen
Los corazones de piedra;
A sombra de su cayado,
Si dan sombra las tinieblas
En que pone á un alma triste
La oscura noche de ausencia;
Orilla del mar profundo
De sus congojas inmensas,
Que le alborotan suspiros
Y lágrimas le acrecientan;
Guardando mal de su grado
Un gran rebaño de penas,
Hecha la imaginacion,
Para que todo le ofenda,
Un caos de memorias tristes,
Una confusion inmensa;
Vuelos los ausentes ojos
A la venturosa tierra
Adonde tiene su dama
Y sus pensamientos deja;
Al desapacible son
De las ardientes centellas
Que por los aires se esparcen,
De esta suerte se lamenta:
—Fortuna, no desesperes,
Que si en mi muerte te vengas,
Morirá por fuerza presto
Quien vive ausente por fuerza;
Pues no merece sepulcro
Quien muriendo desespera,
Ni amigos que le acompañen,
Ni antorchas, luto ni exequias.
Basta por lumbre mi fuego,
Y por bronce mi firmeza,
Mis tristes ansias por luto,
Por funeral mis endechas.
Solo pido que en memoria
De mi rabiosa dolencia,
Y de estas lágrimas tristes
Que del placer desesperan,
Quede aquí por simulacro
Una fuente de ellas hecha,
Una fuente de alabastro
Que de continuo las vierta;
Y podrá bien empinarse
A las encumbradas sierras
Por el peso de la altura
Que alcanza el origen de ella: